

La calle para el jueves 8 de marzo de 2007  
Diario de un espectador  
Mercedes Barcha  
por miguel ángel granados chapa

Más de la mitad de los 80 años de vida de Gabriel García Márquez han estado alimentados por la presencia de una mujer, su mujer, Mercedes Barcha. Leamos el dulce modo en que el Premio Nobel de 1982 narra el comienzo de su noviazgo, iniciado con motivo de su viaje a Ginebra, en 1954, cuando el periódico *El Espectador* lo envió a informar sobre la reunión de Los cuatro grandes, que dominaban el mundo después de la segunda guerra mundial. He allí el trazo delicado con que nos la presenta e indica el comienzo de su vida en común:

“...en el taxi que me llevaba al aeropuerto de Barranquilla bajo el ingrato cielo más transparente que ninguno otro del mundo, caí en la cuenta de que estaba en la avenida Veinte de julio. Por un reflejo que ya formaba parte de mi vida desde hacía cinco años, miré a la casa de Mercedes Barcha. Y allí estaba, como una estatua en el portal, esbelta y lejana y puntual en la moda del año, con un vestido verde de encajes dorados, el cabello cortado como alas de golondrina y la quietud intensa de quien espera a alguien que no ha de llegar. No pude eludir el frémito de que iba a perderla para siempre un jueves de julio a una hora tan temprana, y por un momento pensé en parar el taxi para despedirme, pero preferí no desafiar una vez más un destino tan incierto y persistente como el mío.

En el avión en vuelo seguía castigado por los retortijones del arrepentimiento. Existía entonces la buena costumbre de poner en el respaldo del asiento delantero algo que en buen romance todavía se llamaba recado de escribir. Una hoja de esquila con ribetes dorados y su cubierta del mismo papel de lino rosa, crema o azul, y a veces perfumado. En mis pocos viajes anteriores los había usado para escribir poemas de adioses que convertí en palomitas de papel y las echaba al vuelo al bajar del avión. Escogí uno azul celeste y le escribí mi primera carta formal a Mercedes sentada en el portal de su casa a las siete de la mañana, con el traje verde de novia sin dueño y el cabello de golondrina incierta, sin sospechar siquiera para quién se había vestido al amanecer. Le había escrito otras notas de juguete que improvisaba al azar y sólo recibía respuestas verbales y siempre elusivas cuando nos encontrábamos por casualidad. Aquéllas no pretendían ser más que cinco líneas para darle la noticia oficial de mi viaje. Sin embargo, al final agregué una posdata que me cegó como un relámpago al mediodía y en el instante de firmar: ‘Si no recibo contestación a esta carta antes de un mes, me quedaré a vivir para siempre en Europa’. Me permití apenas el tiempo para pensarlo otra vez antes de echar la carta a las dos de la madrugada en el buzón del desolado aeropuerto de Montego Bay. Ya era viernes. El jueves de la semana siguiente, cuando entré en el hotel de Ginebra al cabo de otra jornada inútil de desacuerdos internacionales, encontré la carta de respuesta”.

Ya nos había hablado de ella en sus memorias. Sus amigos Orlando Rivera, apodado Figurita –“mi viejo compinche de Barranquilla”, y su esposa Sol Santamaría –“una monja encantadora y de espíritu libre a quien él había ayudado a salir de un convento de clausura”-- , habían preparado “por su cuenta y riesgo un plan para sacar a Mercedes Barcha de su internado. Un párroco amigo, famoso por sus artes de casamentero, estaría listo para casarnos a cualquier hora. La única condición, por supuesto, era que Mercedes estuviera de acuerdo, pero no encontramos el modo de consultarlo con ella dentro de las cuatro paredes de su cautiverio. Hoy más que nunca me remuerde la furia de no haber tenido arrestos para vivir aquel drama de folletín. Mercedes, por su parte, no se enteró del plan hasta cincuenta y tantos años después, cuando lo leyó en los borradores de este libro”.